

Selección RNR



*Una pareja
escandalosa*

MARCIA COTLAN



Romance Histórico

UNA PAREJA ESCANDALOSA

Marcia Cotlan

1.ª edición: febrero, 2015

© 2015 by Marcia Cotlan

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 5731-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-681-6

Diseño de portada: Rosa Gámez

Imagen portada: ©Thinkstock

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

CAPÍTULO 1

Charleston (Carolina del Sur), mediados del s. XIX.

La fiesta en la hacienda de los Deveril estaba siendo el éxito esperado. La gente había comenzado a llegar a las once de la mañana aproximadamente. Los Du Maurier, en cambio, llegaron poco antes de que comenzara a servirse la barbacoa en el enorme patio trasero. La culpa la había tenido Aimée, cuya coquetería hacía imposible salir a la hora en punto ya que nunca parecía estar lista del todo. Cuando el carruaje se detuvo ante la puerta principal de la hacienda, uno de los esclavos corrió a avisar a Clevon Deveril, el anfitrión, para que recibiese él mismo a tan ilustres invitados. Ronald Du Maurier y su esposa Anne fueron los primeros en hablar con Deveril. A continuación, éste saludó a Alexander Du Maurier, el primogénito, una especie de héroe local por sus magníficos resultados en la academia militar de West Point el curso anterior. Por último, el anfitrión besó la mano de la beldad del condado: Aimée Du Maurier, una jovencita de diecisiete años que traía de cabeza a todos los caballeros solteros de varios kilómetros a la redonda. Tenía el pelo negro, la piel blanquísima y unos chispeantes ojos verdes adornados con enormes pestañas. Era más atractiva que hermosa. No poseía, por ejemplo, la belleza clásica de June Deveril, la joven hija del anfitrión, pero su carácter y sus rasgos llamativos la hacían mucho más deseable para los jóvenes casaderos.

Cruzaron el impresionante hall de los Deveril y accedieron al patio posterior. Cuando los jóvenes vieron llegar al patriarca Du Maurier, buscaron con ojos anhelantes a Aimée. La rodearon de inmediato, pidiéndole atropelladamente que comiese a su lado o que les reservase algún baile. Ella asentía sin comprometerse formalmente con ninguno. Era su primera temporada. Había debutado en sociedad hacía apenas tres meses (estaban de luto por la muerte de la abuela Vagness y no pudo debutar a los quince, como era norma en la época) y pensaba divertirse un poco antes de elegir esposo. Se sentía resplandeciente con su vestido azul claro de organdí que se abría como una cascada gracias al magnífico miriñaque y eso se notaba en su actitud segura, aunque estaba deseando ponerse su escotado vestido nuevo para el baile. Antes de las tres de la tarde estaba mal visto llevar los hombros descubiertos y Aimée sabía que sus delicados hombros eran, junto a sus ojos y su delgado talle de junco, uno de sus grandes atractivos.

Paseó la vista por la multitud de personas que abarrotaban el patio. Habían venido caballeros de todas las partes de Carolina del Sur, no sólo de Charleston. Aquella fiesta anual de los Deveril era mítica en la ciudad. Le hubiese gustado tomar un julepe de menta, como hacían los caballeros, eso la refrescaría (el calor era sofocante), pero no estaba bien visto que una dama bebiese nada que llevara alcohol y el julepe llevaba una considerable cantidad de bourbon. En casa, solía tomarse, a escondidas, algún que otro sorbo de los que los esclavos preparaban para su padre y su hermano.

“Cuántos jóvenes desconocidos”, pensó excitada ante la novedad. Ya estaba cansada de ver siempre las mismas caras en todas las reuniones a las que había asistido durante los tres últimos meses. De pronto, se topó con la mirada oscura y altiva de aquel hombre miserable, el amigo de su hermano Alexander: Edward Robillard. Siempre la miraba

así, como si fuese superior a ella. La odiaba y Aimée desconocía el motivo. Siempre tenía esa actitud altanera y de suficiencia que lo hacía insoportable. Si su padre aceptaba sus visitas en casa no era sólo porque fuese el mejor amigo de su hermano Alexander, sino porque la suya era una excelente familia de Charleston, la mayoría dedicados a la política y la banca. Todos ellos eran unos buenos caballeros del sur, hombres de honor, patriotas. Edward, en cambio, y tal vez por haber pasado bastante tiempo viviendo en el norte, era la oveja negra de la familia y las suyas, según el padre de Aimée, eran unas ideas un tanto atípicas, casi se puede decir que traicionaba al sur con su forma de pensar. Claro que a Aimée no le decían en qué consistían dichos pensamientos. Había temas con los que nunca se debía molestar la tranquilidad de una dama. Edward Robillard, además, era un conocido mujeriego y eso a su padre no le gustaba. Parecía que sólo sabía ser amable con los miembros de su familia y con las mujerzuelas ¿Cómo se atrevía a mirarla a ella con actitud de juez? Al menos ella era una dama intachable y no se relacionaba con gentuza ni mujerzuelas. ¡Habrase visto! Creerse tan superior porque era un Robillard. ¿No eran acaso los Du Maurier tan buenos como esos malditos Robillard? ¿No era acaso ella mucho mejor que esas mujerzuelas que tanto le gustaban? La joven lo odiaba intensamente.

Apartó de inmediato la mirada de Edward Robillard para centrarse en los pretendientes que la rodeaban. No volvería a pensar en él ni en su mirada desdeñosa. Y pensar que la primera vez que fue a la hacienda con su hermano a ella le había parecido tan atractivo. Literalmente, se había derretido por él, aunque trató de no demostrarlo, tal y como era su costumbre, coqueteando con otros jóvenes para despertar sus celos. Hubiese jurado que al ser presentados él se sentía atraído por ella, pero de pronto cambió de actitud y se volvió odioso, la ignoraba casi siempre y cuando le dirigía una de sus gélidas miradas, lo hacía con esa superio-

ridad que a ella la ofendía profundamente. Sí, le había parecido muy atractivo cuando lo conoció. Ahora, en cambio, le parecía un hombre despreciable, un hipócrita, un indigno caballero del sur. Y tampoco era tan atractivo. De acuerdo, era alto y musculoso, y cuando montaba a caballo tenía una magnífica estampa. Los pantalones que llevaba se ajustaban maravillosamente a sus piernas y la chaqueta favorecía sus anchos hombros. Sus ojos negros y su piel morena transmitían una pasión por la vida difícil de obviar y el rictus duro de su boca era de lo más sensual. “¡No!”, se dijo Aimée, “¡no quiero pensar en ese estúpido!”, y se lo quitó de la cabeza sin más.

Gerald Deveril, el hijo mayor del anfitrión de la fiesta, se acercó a ella y le dijo: “Señorita Du Maurier, es usted una aparición celestial. Debe comer a mi lado, no aceptaré una negativa, y el primer baile de la tarde me lo reservo también”. Ella le sonrió. “De acuerdo, señor Deveril. Con ese ímpetu que demuestra, cualquiera le lleva a usted la contraria”.

- ¿Y a mí, señorita Du Maurier? ¿Me reservará un baile? - preguntó, casi suplicando, el pelirrojo de los Du Bois.

-Claro, señor Du Bois. A usted le reservo el segundo -le dijo con una sonrisa luminosa, aunque no le apetecía sonreír. Génesis, su criada negra, le había apretado el corsé más de la cuenta. Nada era suficiente para realzar su delicada figura, pero esta vez había sido demasiado. Aimée sentía que casi no podía respirar.

De inmediato se arremolinaron a su alrededor más muchachos compitiendo por su atención. Edward Robillard, la miró con una sonrisa despreciativa en el rostro, después dio media vuelta y se dirigió al grupo de caballeros que había junto al jardín de gladiolos.



Edward Robillard no soportaba a Aimée Du Maurier. Desde el día en que la conoció en la hacienda de su padre, dos años atrás (había acompañado a su amigo Alexander, el hermano de Aimée), le había parecido una mocosa coqueta, frívola y malcriada. No tendría por aquel entonces más de quince años y ya había intentado captar su atención, que era un hombre de veintitrés. Es cierto que en el sur era habitual que las mujeres a los quince años ya estuvieran casadas, pero a él no dejaba de extrañarle esta costumbre.

-Debe de parecerle tan poca cosa esto, señor Robillard -dijo, mostrando con la mano la amplia extensión de Las Magnolias, la hacienda que tenían los Du Maurier a las afueras de Charleston-, usted que es un hombre de ciudad y ha viajado tanto, mientras que nosotros somos gente del campo -le había dicho esto con un leve aleteo de sus largas pestañas negras. "Tan joven y ya tan falsa", había pensado Edward. No entendía tampoco cómo todos los jóvenes de Charleston estaban locos por ella. ¿Acaso no veían lo que veía él, que era una coqueta sin corazón y, lo peor de todo, sin una pizca de cerebro? Sus conversaciones siempre giraban en torno a sí misma y cuando se hablaba de otra cosa, se aburría con rapidez. Cada una de sus palabras buscaba el halago del hombre que tenía enfrente.

-Con este calor es imposible lucir bonita. Ojalá viviese más al norte, seguro que estaría más presentable -la escuchó decir una vez, y el coro de aduladores exclamaron al unísono: "¡Pero si es imposible que usted luzca más bonita de lo que ya luce, señorita Du Maurier!".

¡Ag, qué asco sentía Edward hacia la gente encorsetada de Charleston! Con sus mentes cerradas y su incapacidad para evolucionar, estaban echando a perder el futuro. Las jóvenes eran educadas para fingir veinticuatro horas al día. Nadie llegaba a saber cómo eran en realidad, ni ellas mismas lo sabían. Los hombres eran educados en un obsoleto sentido del honor que les hacía pensar que sólo con intenciones se ganaban las guerras y se levantaban imperios. “Yo soy un caballero”, decían a veces, como si eso fuese el mayor escudo para defenderse de todo mal. “Los yanquis con sus ideas de progreso y su abolicionismo no podrán acabar con nosotros los sureños, porque nosotros somos caballeros”. Qué estupidez. Ni siquiera pensaban que en el sur no había ni una fábrica de armas y que si estallaba un conflicto con el norte, éstos tendrían cañones mientras que ellos sólo tenían honor y un viejo código de caballerosidad que sólo servía para cortejar a alguna que otra damita estúpida, pero para poco más.

Aimée Du Maurier representaba todo lo que Edward odiaba del sur, a pesar de ser hermana de su mejor amigo. Alexander era un hombre cabal, inteligente, un buen caballero del sur que defendía los valores tradicionales, pero que no dejaba de ver que el norte tenía razón en algunas cosas, aunque ninguna de esas cosas le convinieran a él ni al resto de los hacendados cuyas cosechas salían adelante gracias a los esclavos, porque si tuviesen trabajadores asalariados, no podrían hacer frente a los gastos, lo perderían todo. Aimée, en cambio, representaba al profundo sur de potentados blancos: tenía diecisiete años recién cumplidos y su única meta era cazar un buen partido, no sin antes romper todos los corazones que pudiera. No sería él quien criticase a las mujeres apasionadas e impetuosas, le gustaban esas mujeres, él mismo era un mujeriego, pero jamás jugó con el corazón de ninguna: retozaba con mujeres que sabían que él no podía dar más que eso, ratos de placer, y

nunca rompió corazones a propósito ni se embarcó en aventuras con jovencitas decentes que buscaban marido. Aimée rompía corazones a propósito, jugaba con los jóvenes que la cortejaban, les hacía tener esperanzas, nunca llegaba a rompérselas del todo ni a ofrecerles nada que ellos le pudieran reclamar y así tenía una corte rendida de admiradores. Pero Edward Robillard odiaba lo que representaba Aimée porque era la típica mujer sureña de clase alta: con un ligero toque de elegancia en las formas, pero con la cabeza llena de serrín. De hecho, Edward estaba harto de aquellos comentarios paternalistas que tanto daño hacían a la sociedad: este tema no se discute delante de las damas, una dama no debe preocuparse por tal o cual cosa, de manera que había toda una masa de damitas casi analfabetas que iban sumando años, pero se las mantenían en un perpetuo desinterés infantil.

Él era capaz de valorar también las cosas buenas, por supuesto. Por ejemplo, la manera que tenían algunas damas sureñas de manejar con mano de hierro sus haciendas de puertas para adentro y que todo estuviese siempre perfecto.

Cuando había vivido en el norte, había conocido a damas increíblemente instruidas y había sentido lástima de que en su tierra no se fomentara ese tipo de amor por el saber en las damas (y también en los caballeros, dicho sea de paso). El resultado de tan poco conocimiento, finalmente, eran damas como Aimée Du Maurier, incapaces de hablar de nada que no fuese ellas mismas porque no tenían ni una sola idea sólida en sus cabezas de chorlito.



Los Deveril habían colocado largas mesas y bancos para que los invitados comieran bajo la sombra de los robles centenarios. Habían asado cochinitillo y cordero y se decía que el postre consistía en unos helados hechos por un cocinero traído expresamente desde Atlanta. Aimée Du Maurier se sentó en el centro de la más larga de las mesas y el resto de los puestos en la misma fueron ocupados por sus pretendientes, unos cuarenta en total. Alguno de ellos no tenían espacio en los bancos y se habían sentado en el suelo al lado de la joven, que apenas probó bocado, tal y como exigía la etiqueta sureña para una joven dama. Ella frunció su naricita, hizo aleteos con sus pestañas, sonrió con picardía y habló de sí misma sin cesar. Los jóvenes estaban encandilados y cuando por fin las muchachas se fueron a dormir la siesta tras la comida, con el fin de estar descansadas para el baile posterior, los casi cuarenta pretendientes de Aimée Du Maurier permanecieron en el gran salón de los Deveril fumando puros, bebiendo licores y hablando de la muchacha, charlando sobre a quién le había prometido tal o cual baile y quién les parecía que era el pretendiente que estaba más cerca de su corazón. También hablaron del norte, claro, de aquellos malditos yanquis norteros que pretendían acabar con la esclavitud y, de paso, con el estilo de vida sureño. Pero eso, pensaban los jóvenes, era imposible: esos renegados del norte nunca podrían vencerlos a ellos que eran caballeros que sabían lo que era el honor.



Las jóvenes que habían asistido a la fiesta se preparaban para dormir la siesta. Habían traído a sus criadas, que ahora se afanaban en quitarles los vestidos de la mañana y los miriñaques para que pudieran descansar, aunque no era fácil dormirse con el corsé oprimiéndolas. Génesis, la esclava de Aimée, era una negrita hermosa de unos catorce

años y ojos verde claro. Los Du Maurier se la habían comprado a los O'Malley hacía ya muchos años. Génesis no tendría más de cuatro, pero ya se parecía demasiado al dueño de la hacienda y la mujer de éste no quería tener cerca al recordatorio de los escarceos de su marido en los barracones de las esclavas. La madre de Génesis le había confiado a su hija que su padre era el amo. Poco después su madre había desaparecido sin dejar rastro y la niña fue vendida a los Du Maurier.

La relación de Génesis y Aimée era muy especial. Cada una conocía los secretos de la otra y se protegían mutuamente con una lealtad inquebrantable. Aimée sabía con seguridad que Génesis era la hija de Albert O'Malley, el patrón de la plantación algodonera más grande de Carolina del Sur y eso hacía que mirase a la esclava casi como a una igual. Una igual que había tenido la desgracia de nacer negra en una época y un lugar donde los negros no gozaban de ningún derecho. Aimée mantenía estos pensamientos en el más estricto secreto, pues sabía que era escandaloso para sus vecinos hacendados, pero la verdad es que consideraba que Génesis era infinitamente superior al resto de muchachas con las que se supone que debía trabar amistad y tener mil cosas en común. Ya quisieran esas bobas de June Deveril, Laura Dolbert, Elizabeth O'Riordan o Betty-Sue McBein ser la mitad de hermosas y elegantes que Génesis. Su esclava era su única amiga. Nunca se había llevado demasiado bien con las hijas del resto de los hacendados. Hablaba con ellas y pasaban el rato juntas en las fiestas, pero Aimée no iba a visitarlas a sus casas ni ellas venían a Las Magnolias a ver a la joven Du Maurier. A ella le bastaba con Génesis. Además, sabía que las demás jóvenes la criticaban debido a que tenía más pretendientes que ninguna. En ese instante, por ejemplo, sentía los ojos de ellas clavados en su cuerpo, comprobando por qué su talle era tan delgado o si debajo del vestido las piernas eran bonitas o torcidas.

Cuando se tumbó sobre una de las camas vacías, Génesis le preguntó si quería que la abanicase, como estaban haciendo otras esclavas. “Ni hablar, vete a descansar y sube después a ayudarme con el vestido del baile”. Aimée chasqueó los dedos y llamó a una esclava que estaba de pie cerca de la puerta. “Abanícame, por favor”, le dijo. La muchacha sorteó los cuerpos de las señoritas que dormitaban sobre los improvisados colchones, en el suelo (no había camas suficientes para todas), y tomó entre las manos un inmenso abanico que comenzó a mover con suavidad sobre la cara de Aimée.



El vestido de baile era de seda color fresa. No tenía demasiados adornos porque ya el color, por sí mismo, era lo suficientemente llamativo. Sólo una elegante puntilla blanca festoneando el escote y las mangas cortas y abullonadas rompía la explosión rosa fuerte que cubría el cuerpo de la joven. Llevaba unos guantes cortos blancos. Algunas jóvenes los llevaban de colores, pero a ella le parecía una vulgaridad. La abuela Du Maurier, que era hija de los duques de Chenonceau (de soltera se llamaba Cecile Beaumont), decía que los guantes debían ser blancos o negros. Y ella sí que sabía de moda y de elegancia.

El vestido de la joven había llegado en perfectas condiciones al baile: había sido primorosamente planchado y guardado en una enorme caja de cartón y había llegado en carruaje (habían utilizado uno de los carruajes de la familia exclusivamente para llevar su vestido de baile y el de su madre) sin una sola arruga. Las chinelas era también nuevas, las estrenaba esa misma noche, y eran del mismo color que el vestido y con incrustaciones de cristal.